

y á platicar con unas muchachitas... No se puede contar decentemente delante del Padre Sueiro.

El capellán, que se recató sin rumor en una sombra discreta entre los franjados satenes de una cortina, movió los hombros con un consentimiento risueño, como hecho ya á todas las fealdades del pecado. Y con gran calma, *Titó* enmendaba el esbozo burlesco del hidalgo:

— Doña Casimira es gruesa, pero muy aseada. Hasta me pidió que le comprase hoy en la ciudad una jofaina nueva. La casa no huele á petróleo, y queda detrás del convento de Santa Teresa. Las muchachitas son simplemente dos sobrinas, dos rapazas alegres que gustan de reir... Y el señor Padre Sueiro podía sin miedo...

— Bien, bien — atajó Gonzalo —. Gente deliciosa. Dejemos á doña Casimira. Vamos á otra infamia del señor Antonio Villalobos.

Pero Barrolo insistía curioso:

— No, no; cuenta allá, *Titó*. ¿Noche de años, *patuscada* enorme, eh?

— Cena pacata — contó *Titó* con la seriedad que le merecía la fiesta de sus amigas —. La doña Casimira tenía una hermosa paella. Juan Gouveia trajo de Gago unos bolos de bacalao excelsos. Después, fuegos artificiales en la huerta. Videiriña tocó, las pequeñas cantaron... No se pasó mal.

Gonzalo esperaba.

— ¿Acabó? Pues ahora á otra infamia más grave. El señor Antonio Villalobos es íntimo de Sanches Lucena, frecuenta todas las semanas la *Feitosa*, toma té y torradas con doña Ana y esconde tenebrosamente á sus amigos estos privilegios gloriosos.

— Sin contar — gritó Barrolo deliciosamente — con que le pasea los perrillos felpudos.

— ¿Sin contar con que le pasea los perrillos felpudos? — añadió quedamente Gonzalo —. Responda, mi ilustre amigo.

Titó encogió su vasto cuerpo dentro del butacón, recogió las botas relucientes y bajó lentamente la faz que un rubor bermejo recubriera, y después de encararse con Gonzalo intensamente en un esfuerzo de sagacidad que lo ruborizó aún más:

— ¿Tú me preguntaste alguna vez por curiosidad si yo conocía á Sanches Lucena? Nunca me lo preguntaste.

El hidalgo protestó:

— No. Pero constantemente, en el Casino, en casa de Gago, en la Torre, se citaba el nombre de Sanches Lucena. Nada más natural, ni más prudente, que aludiese el señor *Titó* á su intimidad ilustre. Al menos para evitar que él ó sus amigos, delante del señor *Titó*, que comía las torradas de la *Feitosa*, trataran á Sanches Lucena como á un trapo.

Levantóse *Titó* del butacón y, ahondando las

manos en los bolsos de la chaqueta de alpaca y sacudiendo los hombros, exclamó:

— Cada uno tiene sobre Sanches su opinión. Yo apenas lo conozco, pero encuentro que es serio, que sabe las cosas. . . Ahora allá en las Cámaras. . .

Gonzalo, indignado, gritaba que no se discutían los méritos del señor Sanches Lucena, sino los secretos del señor *Titó*. El criado nuevo anunció que el señor administrador de Villa-Clara buscaba á sus excelencias.

Barrolo abandonó su tabaco:

— ¡El señor Juan Gouveia! Que entre. ¡Bravo! Tenemos aquí toda la juventud de Villa-Clara.

Y *Titó*, desde la ventana donde se había refugiado, tomó pie en esto para ahogar la importuna conversación sobre Sanches y sobre la *Feitosa*.

— Vinimos juntos. Por cierto que en una carretela infame. Hasta se nos desherró una de las yeguas y tuvimos que parar en la *Vendiña*. No se perdió el tiempo, porque hay ahora allí un colosal vino blanco.

Pellizcábase la oreja. Aconsejaba ruidosamente á Barrolo y á Gonzalo que pasasen por la *Vendiña* para probar aquel vino celestial.

— Hasta el señor Padre Sueiro se atizaba de seguro un jarro.

Apareció Juan Gouveia polvoriento, con una señal encarnada en la frente, del sombrero y del

calor. Apretó silenciosamente las manos amigas que lo acogían y cayó derrengado en el canapé, implorando al amigo Barrolo la caridad de una bebida fresca.

— Estuve para entrar en el café de Mónaco, pero reflexioné que en esta grandiosa casa de los Barrolos las bebidas son de más confianza.

— Muy bien. ¿Qué quiere? ¿Horchata? ¿Sangría? ¿Limonada?

— Sangría.

Y limpiando el cuello y la cabeza, maldijo del indecente calor de Oliveira.

— Hay gente que gusta de él. El señor gobernador civil escoge siempre la hora del calor para pasear á caballo. Todavía hoy paseó al medio día por la carretera de Ramilde, que es un África. No sé cómo no le hierven los sesos.

— Muy sencillo — exclamó Gonzalo —, porque no los tiene.

— Ya esperaba yo del señor Gonzalo Mendes Ramires alguna de sus salidas. No comencemos, no comencemos. Este su cuñado, Barrolo, es un bicho indomesticable.

— Pues mire — declaró el administrador, sacudiendo el dedo hacia Gonzalo —, ese señor Andrés Cavalleiro que no tiene sesos, esta mañana en su despacho recordó con inmensa simpatía los del señor Gonzalo Mendes Ramires.

— Pues no faltaba otra cosa — replicó Gonzalo muy serio —. Para que ese gobernador civil

fuera perfectamente absurdo, sólo le hacía falta que me creyese un asno.

— Perdón — gritó el administrador, que se había levantado desabotonando la chaqueta para comodidad en la contienda.

Barrolo acudió afligido, cargando sobre los hombros de Gouveia para sosegarlo y volverle á sentar en el canapé.

— No, amigos, no. Política no. Y menos esa bobería de Cavalleiro... Vamos á lo que importa. ¿Usted come con nosotros, Juan Gouveia?

— No, gracias. Ya prometí comer con Cavalleiro. Tenemos allí á Ignacio Villena. Va á leer un artículo que escribió para el *Boletín de Guimarães* sobre una manera de fabricar huesos de mártires, descubierta en las obras del convento de San Benito. Tengo curiosidad. ¿Y la señora doña Gracia, bien? Á quien no veía hacía ya meses era al Padre Sueiro. No va ahora nunca por la Torre. Pero, señor Padre Sueiro; ¿cuál es su secreto para gozar de esa perpetua niñez?

Desde su rincón el capellán sonrió tímidamente. ¿El secreto? Gozar la vida sin consumirla con ambiciones ni con decepciones. Ahora para él, loado sea Dios, la vida corría muy sencilla y muy pequeña. Y fuera de su reumatismo...

— Pero el mismo reumatismo no es mal perdido. Dios, que lo manda, sabe por qué lo manda. Sufrir edifica. Porque sufrir lo que nosotros

sufrimos nos lleva á pensar en lo que otros sufren.

— Pues mire — agregó con alegre incredulidad el administrador —; yo, cuando tengo los ataques de garganta, no pienso en la garganta de los otros. Pienso sólo en la mía, que me da bastante que hacer. Ahora voy á regalarme con aquella sangría.

El criado inclinábase con la luciente bandeja de plata, cargada de copas de sangría, donde bogaban rodajas de limón. Y todos bebieron, hasta el Padre Sueiro, para mostrar al señor Antonio Villalobos que no desdeñaba el vino, dádíva amable de Dios, pues, como enseña Tibulo con verdad, á pesar de ser gentil, *vinus facit dītes animos, mollia corda dat*, enriquece las almas y ablanda los corazones.

Juan Gouveia, después de un suspiro consolado, posó en la bandeja la copa que había vaciado de un trago, é interpeló á Gonzalo:

— Vamos á ver. Entonces, el otro día, ¿qué historia fantástica fué esa de una fiesta en la Torre, con señoras, con doña Ana Lucena? Yo no lo creí. Después...

De entre las cortinas de la ventana donde acababa la sangría, salió *Titó* nuevamente, interpellando también al hidalgo:

— ¡Gonzalo! ¿Sabes lo que me contó hace poco Barrolo? Que andabas con ideas de marchar á África.

El espanto de Juan Gouveia fué inmenso. ¿Á África? ¿Cómo? ¿Con un empleo para África?

— No. Á plantar cocos, á plantar cacao, á plantar café — exclamaba Barrolo con divertidas palmadas en las rodillas.

Pues *Titó* aprobaba la idea. También él, si dispusiese de un capital de diez mil ó quince mil pesos, intentaría ir á Africa á traficar con los negros. Y mejor si fuese más pequeño, más seco. Que hombres de su corpachón, necesitando mucha comida y mucho vinazo, no aguantan en Africa: revientan.

— Gonzalo, sí. Es chupado, no toma apenas aguardiente; es á propósito para africanista. Y yo creo que es carrera bastante más decente que esa otra de diputado, por la que tienes manía. ¿Para qué? Para presumir en la Arcada y tratar con consejeros.

Barrolo tampoco comprendía la obstinación de Gonzalo en ser diputado. ¡Qué idiotez! Todo se volvían disgustos, intrigas y calumnias en los periódicos. ¡Y luego depender de los electores!

— Yo, ni que me nombrasen después gobernador civil con gran cruz, como á Freixomil.

Gonzalo escuchaba en un silencio risueño y superior, liando laboriosamente un cigarro con el tabaco de Barrolo.

— Ustedes ni comprenden ni conocen la organización de Portugal. Pregúntenlo ahí á Gou-

veia. Portugal es una hacienda, una magnífica hacienda poseída por una parcería. Como ustedes saben, hay parcerías comerciales y parcerías rurales. Esta de Lisboa es una *parcería política*, que gobierna la heredad llamada Portugal. Nosotros los portugueses pertenecemos todos á dos clases: unos cinco ó seis millones, que trabajan la hacienda ó viven de ella, como Barrolo, y que pagan; y unos treinta sujetos que en Lisboa forman la *parcería* gobernante. Ahora bien; yo, por gusto, por necesidad, por hábito de familia, deseo mandar en la hacienda. Mas para entrar en la *parcería política*, el ciudadano portugués necesita ser diputado. Exactamente, como cuando pretende entrar en la magistratura, necesita ser licenciado. Por eso procuro comenzar como diputado, para acabar como aparcerero y gobernar. ¿No es verdad, Juan Gouveia?

El administrador había vuelto á la bandeja de sangrías y saboreaba otra copa, ahora lentamente, á sorbos.

— Sí, con efecto; esa es la carrera. Candidato, diputado, político, consejero, ministro, mandarín. Es la carrera. Y mejor que la de África. Porque, al cabo, en la Arcada, en Lisboa, también crece el cacao y hay más sombra.

Barrolo, en tanto, abrazaba al poderoso *Titó*, con quien se retiró hacia la ventana en una dulce confraternidad de ideas.

— Pues yo, sin ser de los tales *aparceros*,

también mando en los pedazos de Portugal que más me interesan, porque me pertenecen, y quisiera yo ver que ese San Fulgencio, ó el Braz Victorino, ó los políticos de palacio se metiesen á disponer de mis tierras de la *Ribeiriña* ó de la *Murtosa*. Recibíalos á tiros.

Recostado en la vidriera, *Titó* se rascaba la barba impresionado:

— Pero usted, amigo Barrolo, en la *Ribeiriña* y en la *Murtosa* tiene que pagar las contribuciones que ellos manden. Y en esos concejos tiene que aguantar las autoridades que ellos nombren. Y goza de carreteras si ellos las hacen. Y vende el carro de trigo y la pipa de vino con más ó menos provecho, según las leyes que ellos voten. Y así todo. Gonzalo no deja de acertar. Es el diablo. Quien manda es quien se lucra. Mire, el animal de mi casero en Villa-Clara, ahora, para San Miguel, aumenta la renta de un cuchitril que nadie quiere porque mataron allí al verdugo de Oporto. Y el Cavalleiro ese, como *aparcerero*, vive de gracia en este hermoso palacio de Santo Domingo, con cochera, jardín y huerta.

Barrolo indicó á *Titó* con ¡*chut!* prolongado que bajase la voz, por miedo á que las regañas de Cavalleiro, así proclamadas, renovasen las furias de Gonzalo. Pero el hidalgo no se dió cuenta, atento á Juan Gouveia, que enterrado en el canapé después de la sangría, nuevamente contaba su asombro al encontrar en Villa-Clara

al rapazuco de Gago con el recado de la gran fiesta en la Torre.

— Yo llegué á desconfiar de la fiesta cuando dieron las nueve, después las nueve y media, y *Titó* sin llegar para la cena de doña Casimira. Bien, pensé; recibió, como yo, recado y marchó á la Torre. Por fin llegó envuelto en la bufanda, y comprendí que fué broma del señor don Gonzalo.

Pasmóse el hidalgo con tan inesperada y extraña sospecha.

— ¿De bufanda? ¿*Titó* andaba esa noche de bufanda?

Bruscamente Barrolo lanzó desde el fondo de la ventana un grito de pavor:

— ¡Santo Dios! ¡Ahí vienen las Louzadas!

Juan Gouveia saltó del canapé como ante un peligro, volviendo á abrocharse arreatadamente la chaqueta; Gonzalo, atortolado, tropezó con *Titó* y con Barrolo, que retrocedían aterrados de ser vistos á través de los vidrios largos; hasta el Padre Sueiro abandonó, prudente, su rincón, donde echaba un vistazo por la *Gaceta de Oporto*. Y todos, detrás de las cortinas como soldados tras las espilleras de una ciudadela, espían el paseo que el sol de las cuatro de la tarde doraba por sobre los tejados musgosos de la Cordoaria. Del lado de la calle de las Pegas, las dos Louzadas, con manteletas cortas de seda negra y pasamanería y antucas de un amarillo desvaído,

avanzaban alargando, por el paseo empedrado, dos sombras agudas.

¡Las dos hermanas Louzadas! Secas, oscuras, casi grises, desde luengos años eran en Oliveira las escudriñadoras de todas las vidas, las aventadoras de todas las maledicencias, las tejedoras de todas las intrigas. Y en la desdichada ciudad no existía envidia, enredo, corazón dolorido, bolsa arrasada, ventana entreabierta, polvo en un rincón, bulto en una esquina, sombrero estrenado en la misa, tarta encomendada en las Matildes, que sus cuatro ojillos de azabache sucio no descubriesen y que su suelta lengua, entre los dientes ralos, no comentasen con malicia estridente. De ellas salían todas las cartas anónimas que infestaban la provincia; las personas devotas consideraban como penitencia esas visitas en que ellas, durante horas, charlaban levantando los brazos flacos; y siempre por donde ellas pasasen, quedaba un surco molesto de desconfianza y de recelo. Mas ¿quien osaría rechazar á las dos hermanas Louzadas? Eran hijas del decrepito y venerando general Louzada, eran parientas del obispo, eran poderosas en la poderosa cofradía del Señor de los Pasos de la Peña, y de una castidad tan rígida, tan antigua y tan reseca, y por ellas tan espantosamente alardeada, que Marcolino, el del *Independiente*, las apodó las *Dos mil vírgenes*.

— No vienen aquí — dijo *Titó*.

Con efecto, en medio del paseo las dos hermanas estaban paradas frente á la iglesia de San Mateo, donde una campana repicaba alegremente á bautizo.

— ¡Sí, es aquí!

Las Louzadas, decididas, embestían contra el portón de los Cuñaes. Entonces fué el pánico. Barrolo, huyendo, tropezaba con todos los muebles. Gonzalo gritaba; Gouveia, desconcertado, rebuscaba con desesperación su sombrero hongo. Sólo *Titó*, que las abominaba, y á quien ellas llamaban *Polifemo*, retiróse con serenidad, abrigando al Padre Sueiro bajo su brazo fuerte, y todo el mundo huía despavorido, cuando Graciña apareció con un fresco vestido de seda color naranja, sonriendo pasmada ante aquel tropel.

— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Un clamor envolvió á la dulce señora amenazada.

— ¡Las Louzadas!

— ¡Oh!

Titó y Juan Gouveia, despidiéndose, apretáronle la mano, que ella les abandonó entristecida. La campana del portalón tintineó temerosa, y los fugitivos asaltaron la biblioteca, que Barrolo cerró, gritando todavía á Graciña en un raptó de inspiración:

— Esconde las sangrías.

¡Pobre Graciña! Aturdida, sin tiempo de llamar al criado, puso sobre un banco del corredor

la pesada bandeja que serviría á las Louzadas, si la vieses, para edificar sobre la ciudad, y más alta que la torre de San Mateo, una historia pavorosa de «vinazo y de borrachera». Después arreglóse delante de un espejo el peinado, y con la temeridad sencilla y risueña de los antiguos Ramires, esperó la arremetida de las terribles hermanas.

Al domingo siguiente, después del almuerzo, Gonzalo acompañó á su hermana á casa de la tía Arminda Villegas, que en la víspera, al tomar (como acostumbraba todos los sábados) el baño de pies, se había escaldado y recogido en la cama, llamando á los cinco cirujanos de Oliveira. Después acabó el cigarro bajo las acacias del Terrero de la Loza, pensando en su novela abandonada en la Torre durante esas semanas, en el lance famoso del capítulo segundo, que le tentaba y que le asustaba, el encuentro de Lorenzo Ramires con Lope de Bayao, el *Bastardo*, en el valle fatal de Canta Piedra. Y recogíase á los Cuñaes (porque había prometido á Barrolo una trotada á caballo hasta el Pinar de Esteviña, para aprovechar la dulzura del domingo nubloso), cuando en la calle de las Vellas vió al notario Guedes, que salía de la confitería de las Matildes con un grueso envoltorio de pasteles. El hidalgo atravesó la calle, mientras Guedes, pe-

sado y barrigudo, en la punta de los menudos botines de charol, descubría en una cortesía inmensa la calva célebre por el famoso tufo de cabello grisáceo que le valió el sobrenombre de *Guedes Popa*.

— Carísimo Guedes, hágame merced de ponerse el sombrero. ¿Cómo está? Siempre bueno y joven... ¿Habló con el Padre Sueiro? El Pereira de Riosa viene á la ciudad el jueves...

— Sí, sí. El señor Padre Sueiro pasó por el despacho para avisar, y él felicitaría en mi nombre á su excelencia por el nuevo rentero...

— Hombre muy competente el Pereira. Ya hace veinte años que lo conozco. ¡Y mire vuestra excelencia la propiedad del conde de Monteagral! Todavía me acuerdo de ella, un lodazal. ¡Sólo la viña que plantó! Hombre muy competente... ¿Y vuestra excelencia estará mucho tiempo aquí?

— Dos ó tres días. No se para con este calor en Oliveira. Hoy, felizmente, ha refrescado. ¿Y qué hay de nuevo? ¿El amigo Guedes siempre buen regenerador, leal y ardiente, eh?

Súbitamente el notario agitó el brazo, gordo y corto, en una indignación que le regó de sangre el pescuezo, las orejas cabelludas, la faz rapada, toda la cabeza y hasta las alas del sombrero blanco orlado de gasa negra:

— ¿Y quién no lo ha de ser, señor Gonzalo Mendes Ramires? ¿Quién no lo ha de ser? Con este último escándalo...

— ¿Qué escándalo?

El notario retrocedió.

— ¿No sabe su excelencia nada del último atropello del gobernador civil, del señor Andrés Cavalleiro?

— ¿El qué, querido amigo?

Crecióse Guedes sobre la punta de los botines pequeños, para exclamar hinchado:

— ¡El traslado de Noroña! ¡El traslado del infeliz Noroña!

Una señora, también obesa, dispuesta á estallar en ricas y rugidoras sedas de misa, arrasando severamente por la mano á un muchachito que lloraba, paróse mirando á Guedes, que, con su envoltorio, su vientre y su indignación, obstruía la entrada de las Matildes. Apresuradamente el hidalgo levantó el picaporte de la puerta vidriera para dar paso á la digna señora. Después, dijo alborozado:

— El amigo Guedes, naturalmente, va para su casa. Es mi camino. Vamos y conversaremos.

¿Pero quién es ese Noroña?

— Ricardo Noroña. Vuestra excelencia lo conoce. El pagador de Obras públicas.

— ¡Ah, sí, sí! ¿De manera que trasladado? ¿Trasladado arbitrariamente?

En la calle de las Brocas, por donde bajaban, en el silencio y en la soledad de las tiendas cerradas, la cólera de Guedes resonó más suelta:

— Infamemente, señor Gonzalo Mendes Ra-

mires, infamísimamente. Y para Almodóvar, para los confines de Alemtejo. Para una tierra sin recursos, sin distracciones, sin familias.

Se paró con los dulces contra el corazón, mirando al hidalgo con unos ojos que el estupor del caso velaba. Noroña, un empleado trabajador, honradísimo y ajeno á la política, absolutamente ajeno á la política. Ni de los Históricos, ni de los Regeneradores. Sólo de la familia, de las tres hermanas que sustentaba, tres flores. Y hombre estimadísimo en la ciudad. Un talento inmenso para la música. ¿El señor Gonzalo Ramires no lo sabe? Pues compuso cosas lindas para piano. Después, insustituible para reuniones y años. Era él quien organizaba siempre en Oliveira las representaciones de aficionados. . .

— Porque, como ensayador, crea vuestra excelencia que no hay otro, ni aun en la capital. No hay otro. Y ¡zas!, de repente para Almodóvar, para el infierno, con las hermanas y los muebles. ¡Sólo el piano! ¡Vea vuestra excelencia sólo el transporte del piano!

Gonzalo resplandecía.

— Es un escándalo. Me alegre extraordinariamente de haberle encontrado, mi caro Guedes... ¿Y no se sabe el motivo?

El notario encogió los hombros con amargura. ¡El motivo! Públicamente, como siempre en estas atrocidades, era la conveniencia del servicio.

— Pero todos los amigos de Noroña, toda la

ciudad, conoce el verdadero motivo. El íntimo, el secreto, es repugnante.

— ¿Entonces?

Guedes escudriñó la calle con prudencia. Una vieja atravesaba cojeando, con un cántaro á la cadera. El notario vomitólo quedamente junto á la faz deslumbrada del hidalgo. Era que el señor Andrés Cavalleiro, ese infame, se había enamorado de la mayor de las hermanas Noroña, de doña Adelina, hermosísima hembra, alta y morena: una estatua. Y rechazado (porque la muchacha, llena de juicio, ¡una perla!, conoció la intención vilísima), ¿en quién se venga por despecho el señor gobernador civil? En el pagador. Para Almodóvar con las hermanas y los muebles. Era el pagador quien pagaba.

— Es una hazaña magnífica — exclamó Gonzalo.

— Y note vuestra excelencia — exclamaba Guedes con la mano gorda temblando por encima del sombrero —. Note vuestra excelencia que el pobre Noroña, en su candidez, deseando agradar á sus jefes, hace pocas semanas dedicó á Cavalleiro un vals muy lindo. *La Mariposa*, un vals muy lindo. . .

Gonzalo no se contuvo y restregóse las manos triunfante.

— ¡Qué hazaña! ¿Y no se ha hablado de ella? Y en ese periódico de oposición, el *Clarín de Oliveira*, ¿ni siquiera una denuncia?

Guedes dejó caer la cabeza sobre el pecho, descorazonado. El señor Gonzalo Ramires conocía bien á esa gente del *Clarín*. Estilo cabriolesco y opulento. Pero para explicar, en un caso gravísimo como el de Noroña, la verdad bien desnuda, poco nervio, ninguna valentía. Además, Biscainho, el director, desea pasarse subterráneamente á los Históricos. ¿El señor Gonzalo Ramires no se enteró? Después, ¿cómo probar la infamia? Cosas íntimas, cosas de familia. No se podía presentar la declaración de doña Adelina, muchacha virtuosísima y con unos ojos. . . ¡Ah, si fuese en el tiempo de Manuel Justino, el de la *Aurora de Oliveira*! Ese era hombre capaz de estampar en la primera plana en letra grande: «¡Alerta, que la autoridad superior del distrito ha intentado llevar la deshonra al seno de la familia Noroña!»

— Ése era un hombre. ¡Cuitado! . . . Ahí está en el cementerio de San Miguel. . . Y ahora, señor Gonzalo Mendes Ramires, el despotismo campea desenfrenado.

Bufaba al terminar aquel fogoso desahogo. Doblaban callados la esquina de las Brocas hacia la calle, nuevamente empédrada, de la Princesa Doña Amelia.

Y en la segunda puerta paróse Guedes, sacando del bolsillo el llavín y ofreciendo á su excelencia donde descansar.

— No, no, gracias, mi caro amigo. . . Tuve

inmenso placer, inmenso placer en encontrarlo. Esa historia de Noroña es tremenda. Pero nada me espanta del señor gobernador civil. En fin, no toda la gente buena yace en el cementerio de San Miguel...

Desde la calle de la Princesa Doña Amelia hasta el paseo del Rey, Gonzalo corrió con el deslumbramiento de quien descubre un tesoro y lo lleva debajo de la capa. Él, con efecto, llevaba el «escándalo», el escándalo que tanto había rebuscado para pulverizar al señor gobernador civil en su fiel ciudad de Oliveira, donde le levantaban arcos de laurel. Y por una merced de Dios, el escándalo demolería también al hombre en el corazón de Graciña, donde, á pesar del antiguo ultraje, permanecía como un gusano en un fruto, agujereándole y estragándole. No dudaba de la eficacia del escándalo. Todo Oliveira se revolvería contra la autoridad mujeriega, que oprime y destierra un funcionario admirable, porque la hermana del pobre señor recusó la baba de sus besos. ¿Y Graciña? ¿Cómo resistiría Graciña aquel desengaño? ¡Oh, el escándalo era soberbio! Sólo restaba que estallase bien ruidoso sobre los tejados de Oliveira y en el pecho de Graciña, como un viento benéfico que limpia los aires corrompidos. Y de rodar ese viento por todo el Norte se encargaba él. Libertaba á la ciudad de un gobernador detestable y á Graciña de un mal sueño. Y así, trabajaba *pro patria et pro domo*.

En los Cuñaes, corrió al cuarto de Barrolo, que se vestía tarareando el *Fado de los Ramires*, para decirle que no podía acompañarle á Esteviña. Tengo que escribir urgentemente. Y no subas, no me perturbes. Necesito sosiego.

Ni atendió á las protestas desoladas que formuló Barrolo en el corredor. Subió la escalera. En su cuarto, después de quitarse rápidamente la chaqueta y de despejar la cabeza con agua de Colonia, sentóse ante la mesa donde Graciña colocaba siempre entre flores el monumental tintero del tío Melchor. Y sin obstáculo de ningún género, en uno de esos sueltos de prosa flúida que brotan de la pasión, improvisó una correspondencia rencorosa para la *Gaceta de Oporto* contra el señor gobernador civil. El título fulminaba: *Monstruoso atentado*. Sin descubrir el nombre de la familia Noroña, contaba minuciosamente como un acto cierto «la tentativa villana y baja de la primera autoridad del distrito contra el pudor, la paz de corazón y la honra de una dulce muchacha de diez y seis primaveras». Después hablaba de la resistencia desdeñosa «que la noble niña opusiera al don Juan administrativo, cuyos enormes mostachos son el espanto de los pueblos». Por fin venía «el atropello torpe y sin nombre que su excelencia realizaba sobre el celoso empleado (que es también un artista de talento), obteniendo de este nefasto Gobierno que fuese trasladado, ó, mejor dicho, arrojado y

cruelmente desterrado con la familia — tres delicadas señoras — á los confines del reino, á la más árida y escasa de nuestras provincias, por no poderlo empaquetar para África en los sordidos bodegones de una fragata». Lanzaba después algunos rugidos sobre «la agonía política de Portugal». Con triste pavor recordaba los peores tiempos del absolutismo, la inocencia soterrada en las mazmorras, el placer desordenado del príncipe, siendo la expresión única de la ley. Y terminaba preguntando al Gobierno si ampararía á su agente, «á este grotesco Nerón, que, como el grande, el de otro tiempo, en Roma, intentaba llevar la seducción al seno de las mejores familias, y cometía esos abusos de poder, motivados por lascivias de temperamento, que fueran siempre, en todos los siglos y en todas las civilizaciones, la execración del justo». Firmaba, *Juvenal*.

Eran casi las seis cuando bajó á la sala, ligero y resplandeciente. Graciña martilleaba el piano estudiando el *Fado de los Ramires*, y Barrolo (que no se atrevió á dar solo el paseo) hojeaba extendido en el canapé una famosa *Historia de los crímenes de la Inquisición*, que comenzó de soltero.

— Estoy trabajando desde las dos — exclamó Gonzalo abriendo la ventana —. Quedé derrengado. Mas, loado sea Dios, hice obra de justicia. De esta vez, el señor Andrés Cavalleiro va abajo de su caballo.

Barrolo cerró inmediatamente el libro, inquieto por aquellas palabras.

— ¿Ha ocurrido algo?

Y Gonzalo, plantado delante de él, sonaba en el bolsillo el dinero y las llaves.

— Casi nada. Una bagatela, que es una infamia. Para nuestro gobernador civil, las infamias son bagatelas.

Bajo los dedos de Graciña, el *Fado de los Ramires* languideció en un murmurio incierto.

Barrolo esperaba intrigado:

— Desembucha.

Gonzalo desahogó con estruendo:

— Pues una hazaña inmensa, hombre. El Noroña, el pobre Noroña, perseguido, despeñado, expulsado. Con la familia... Para el infierno, para el Algarve.

— ¿Noroña el pagador?

— Noroña el pagador. Fué el infeliz pagador quien pagó.

Y desarrolló la historia lamentable. El señor Andrés Cavalleiro, enamorado de la hermana mayor de Noroña, y poniéndole los puntos con flores, cartas, versos, suspiros todas las mañanas por delante de la ventana. Hasta le envió, á lo que parece, una vieja, una alcahueta. Y la muchacha, llena de dignidad, impasible. Ni se daba cuenta. Era una risa en casa de las Noroñas; á la hora té con la lectura de la versallada ardiente en que él la trataba de «ninfa, de es-

trella de la tarde». En fin, una sordidez funambulesca.

El pobre *Fado de los Ramires* desbandóse por el teclado en un tumulto de gemidos desconcertados y ásperos.

— ¡Y yo no había oído nada! — murmuraba Barrolo asombrado —. Ni en el club ni en la Arca.

— Pues mi amigo, quien oyó, y un famoso estampido, fué el pobre Noroña. Arrojado al fondo de Alemtejo, á un sitio lleno de pantanos. Es la muerte. Es una sentencia de muerte.

A esta aparición de la muerte surgiendo de los pantanos, Barrolo dióse una palmada en la rodilla, desconfiado.

— Pero ¿quién diablo te contó todo eso?

El hidalgo de la Torre miró al cuñado con desdén y con piedad.

— ¿Quién me lo contó? ¿Y quién me contó que don Sebastián murió en Alcázar-Kebir? Son los hechos. Es la historia. Todo Oliveira lo sabe. Casualmente Guedes y yo conversamos esta mañana sobre el caso. Pero yo ya lo sabía. Y me ha dado pena. ¡Qué diablo! No hay crimen en estar apasionado como el pobre Andrés. Loco perdido. Hasta lloró en el despacho delante del secretario. Ahora bien; donde hay crimen, y horrendo, es en la persecución al hermano, al pagador, empleado excelente, de raro talento, y el deber de todo hombre de bien, que se precie de

digno, es denunciar la infamia. Yo, por mi parte, he cumplido ese deber. Y con cierto brillo, loado sea Dios.

— ¿Qué hiciste?

— Enterré en los hígados del señor gobernador civil mi buena pluma de Toledo.

Barrolo, impresionado, pellizcábase la piel del cuello. El piano había enmudecido. Súbitamente Gonzalo sintió en aquella inmovilidad sofocada, el despecho que la traspasaba. Sensibilizado, para libertar á su hermana de aquella situación, corrió al piano, golpeándole con cariño los hombros inclinados, que se estremecían:

— Tú no aciertas con ese lindo *fado*, Graciña. Deja que yo te canturree una estancia á la manera de Videiriña... Pero primeramente sé un ángel. Grita ahí en el corredor que me traigan una copa de agua bien fresca del pozo viejo.

Ensayó las teclas, entonando versos al acaso:

En esta magna batalla,
cuatro valientes Ramires...

Graciña desapareció sin rumor. Entonces el buen Barrolo, que liaba un cigarro con pensativo cuidado, desahogó sobre Gonzalo la certeza que lentamente le invadía:

— Gonzalo, esa hermana de Noroña es un

mujerón soberbio. Pero lo que yo no admito es que ella se hiciese la interesante. ¿Con Cavalleiro, buen rapaz y gobernador civil? No lo creo. Cavalleiro se aprovechó.

Y con los carrillos brillantes de admiración:

— Para caballos y mujeres, no hay otro en Oliveira.



V

LA *Gaceta de Oporto*, con la correspondencia vengadora, debía llegar á Oliveira el jueves por la mañana, día de los años de la prima María Mendoza. Gonzalo, aunque no temiese (escudado tras su seudónimo de *Juvenal*) un encuentro con Cavalleiro, ni siquiera con alguno de sus serviles partidarios, como Marcolino el del *Independiente*, recogióse discretamente á Santa Ireneia el miércoles, á caballo, acompañado por Barrolo hasta la Vendíña, donde ambos probaron el vino blanco tan celebrado por *Titó*. Después, para recordar los memorables lugares que en la novela se encontraban Lorenzo Ramires y el *Bastardo* de Bayao, tomó el camino que, atravesando los pomares de la esparcida aldea de Santa Piedra, entronca con la carretera de los Bravaes.

En un trote holgado rebasó la Fábrica de Vidrios; después el Crucero, donde las palomas de la Fábrica iban siempre á posarse, y entraba ya